

LA FAMOSA COPA DEL CONDESTABLE

¿QUE FUE DE SU REMATE?



PARA que los lectores se formen idea de lo que es esta famosa copa la historiaremos brevemente. Fué, sin duda, como afirman las críticos de arte, la mejor obra que produjo la orfebrería francesa en el siglo XIV, su materia de oro afiligranado de unos 27 centímetros de altura con tapadera del mismo precioso metal, decorada toda ella de esmaltes traslúcidos, representando escenas de la virgen y mártir Sta. Inés, lo cual hace que alguno la designe con el nombre de la Santa.

Se la ofreció Juan, Duque de Berri, al monarca francés Carlos VI, quien se la vendió al Duque de Bedford y este a su vez se la dejó a su sobrino y heredero Enrique VI de Inglaterra. Como alhaja de gran valor, figuró en el tesoro de la Corona inglesa y cuando las paces que se concertaron en 1604 entre España e Inglaterra, el rey Jacobo I se la regaló entre otras a D. Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, embajador del rey Don Felipe II.

Dicho Condestable la donó con ciertas condiciones al Convento de Santa Clara de Medina de Pomar y en él estuvo hasta el año de 1885, en el que un pícaro cura, engañó a las sencillas religiosas y dió con ella en París, donde en una cantidad insignificante, 9.000 francos, se la vendió al Barón Pichon y éste a su vez en 1892 se la vendió a los ingleses en 272.000 pesetas y hoy figura en el Museo Británico que la ostenta orgulloso en sus vitrinas.

La joya salió del Convento de Santa Clara de Medina de Pomar completa, pero cuando llegó a manos del Barón Pichon le faltaba el remate de su tapadera. Consistía el remate de esta preciada alhaja en una corona imperial también de oro, y hasta la fecha se ha ignorado lo que fué de dicho remate.

Un querido amigo me ha puesto en antecedentes de lo que se hizo de referida corona, por habérselo oído a una persona que sin querer ni saber nada acerca de la procedencia de la copa, tomó parte en la venta. El cura que engañó a las pobres monjas se llamaba don Simón del Campo, quien vestido de paisano y cargado con su presa dió con sus huesos en París. Hablaba mal el francés y para

obviar este inconveniente, procuró buscar el trato de los españoles que había en la capital de Francia y entre ellos trabó amistad con D. Pedro Angel Vermejo, profesor de casellano de uno de los Liceos de París, y emigrado por causa de sus ideas políticas. Se dió a conocer el clérigo a este español como capitán de la Trasatlántica y le expuso el objeto que llevaba de vender la copa, poniendo gran empeño en ocultar la procedencia de la misma, y le acompañó dicho Sr. Vermejo en sus ofrecimientos a los anticuarios parisinos, rechazando sus proposiciones la mayor parte de ellos. Debía de andar muy escaso de recursos porque un día que le dió a guardar la copa a dicho Sr. Vermejo, cogió su tapa, rompió el remate y la llevó a vender a una platería de una calle de París, en la que en aquel entonces el gremio de plateros tenía su asiento, dándole por ella 300 francos.

A los pocos días y por indicación del Sr. Vermejo, fueron a ver al Barón Pichon, al que conocía por su erudición y afición a las antigüedades, y después de algunos regateos y de dejársela para estudiarla, le ofreció la cantidad arriba dicha, aceptando el desdichado clérigo el precio. Notó el Barón la falta del remate de la tapa y al preguntar al cura qué había sido de él, le respondió que en un momento de apuro lo había vendido y al oír esto le ofreció 30.000 francos si lograba recuperarlo.

Quedó asustado el Sr. Vermejo al oír este ofrecimiento por aquel pequeño remate, comprendiendo entonces el valor de la joya que el cura había acabado de vender, pero éste por más vueltas que dió en busca del remate no logró recuperarlo, pues el platero lo había fundido.

Siguió ignorando don Pedro Angel Vermejo el verdadero valor de la copa y su procedencia, pues el don Simón del Campo desapareció de París sin dar a conocer su verdadero carácter, ni despedirse y cuál no sería su asombro cuando por el litigio que se entabló ante los Tribunales franceses entre el Duque de Frías y el Barón Pichon sobre la propiedad de la copa y nulidad de su venta, supo que había sin saberlo, contribuido a enagenar una joya que honra a la nación que la posea, mostrándose apenado cuantas veces habla de ello.

Este es el éxodo recorrido por la famosa copa del Condestable y las circunstancias que concurrieron en la pérdida de la corona imperial en que remataba su tapa, siendo ésta la causa de que hoy se presente incompleta a la mirada de los visitantes en las vitrinas del Museo Británico.

JULIAN GARCIA SAINZ DE BARANDA.